

Ya hace más de un año que se conocieron los resultados del estudio PISA 2003, nada favorables para nuestro sistema educativo y en particular para la enseñanza de las matemáticas en nuestro país. Con la perspectiva que da el paso del tiempo, superada la fase de los titulares de presa que pretendiendo resumir la información, la simplificaban para acabar tergiversándola, deberíamos empezar todos una fase reflexiva sobre la forma en la que llevamos a cabo nuestra tarea educativa.

Algunos de los problemas que acechan a la educación en esta primera década del siglo son heredados de la anterior —menos recursos que otros países con respecto a nuestro producto interior bruto, competencia desleal del entorno con la escuela (televisión, videojuegos), inercia de la estructura educativa ante el cambio...—. Otros, en cambio, son problemas surgidos en los últimos años.

La profesión de enseñante en general y la de enseñante de matemáticas en particular, se ha transformado. Cada día se le demanda más al docente: que conozca su materia, que sepa enseñarla, que entienda a los adolescentes, que sepa motivarlos incluso cuando manifiestan una resistencia heroica al aprendizaje, que sea capaz de educarlos para defenderse de un entorno cada vez más agresivo, para ser autónomos y abandonar algún día el ambiente de hiperprotección de la mayoría de las familias, que sean capaces de mantener el orden y de crear un clima adecuado para el aprendizaje, incluso en las condiciones más extremas. Y, cierto es, muchos nunca

hubieramos imaginado que trabajar de profesor terminaría siendo esto, aunque haga ya tiempo que asumimos esta redefinición de nuestra profesión.

Pero todo lo anterior, no basta por sí solo para justificar lo que sucede. Se supone que como profesionales debemos también reflexionar sobre lo que hacemos y aunque sepamos que en gran medida no somos parte del problema, deberemos abordar lo que nos corresponde: ser parte de la solución.

De PISA podemos aprender muchas cosas, sin creer a la vez que la solución sea preparar a nuestros alumnos para superar pruebas de ese tipo. Eso sería sin duda un grave error contra el que hay que estar prevenidos.

Nos han de preocupar también las reacciones que ante los resultados de PISA están teniendo algunas Administraciones Educativas. Éstas pueden terminar confirmando aquello de que es peor el remido que la enfermedad. En este sentido, la aparición de ciertos estándares curriculares que rozan el surrealismo o de colecciones de ítems en formato PISA promovidos por algunas administraciones, o la sustitución de evaluaciones internacionales como ésta, por pruebas censales carentes de rigor que, de manera cuando menos ingenua, pretenden poder medir lo que saben o no todos los alumnos y comparar así unos Centros con otros, merecen también nuestra reflexión pausada y crítica.

Debemos exigir ser los diseñadores de las acciones que se lleven a cabo, que los colectivos de profesores seamos los que promovamos los cambios que se hayan de adoptar, que aportemos las ideas y que éstas junto con nuestra experiencia docente e innovadora sean la base sobre la que se sustenten esas acciones. De lo contrario, en el mejor de los casos, simplemente se habrá vuelto a perder una nueva oportunidad.

Sin nosotros, sin los profesores, no es posible. ■